
LUISA LUISI

Algunos de sus aspectos literarios comentados por Luce Fabbri

Egresada no hace muchos años de la Universidad de Bolonia, la doctora Luce Fabbri, nuestra huésped actualmente, ha revelado ya en algunas publicaciones europeas y americanas su alta capacidad intelectual y sus méritos literarios, uniendo a su fina percepción una base de bien cimentados conocimientos. Esta revista se honrará en más de una ocasión con sus colaboraciones

ESTOS versos de Luisa Luisi, que han seguido largo tiempo martillándose en la mente después de haber cerrado su libro, "Poemas de la Inmovilidad", deberían ahora detener mi pluma. Hay demasiadas palabras. Y la misma charla del comentador o del crítico ahoga con su abundancia la voz verdadera y sobria del poeta. Pero cuando leyendo se ha encontrado algo original y nuevo (no me refiero a "lo nuevo" que se confunde con lo extravagante, sino a "lo nuevo" que es así, simplemente, porque expresa con espontaneidad un alma nueva) resulta difícil resistirse a la tentación de hablar, aun cuando no sea para otra cosa que para decir a los otros: "¡Venid a sentir su belleza! ¡Leed!"

Y cuando ha pasado el fervor de la primera lectura, sentimos a veces la necesidad de fijar sobre el papel las impresiones recibidas, no sólo para comunicar a los otros aquello que experimentamos, sino también para organizar y ordenar en nosotros mismos el complejo de ideas, de sentimientos, de instintos que la palabra del poeta ha despertado en nosotros.

Puede, pues, ser una cosa buena hablar de lo que se ha leído, pero a condición de no hacerlo mucho. ¡Y es tan difícil respetar este límite!

Tengo aquí, sobre mi mesa, dos libros cerrados. Uno titulado "Inquietud", el otro "Poemas de la Inmovilidad", los dos de Luisa Luisi. Y mientras miro la elegante encuadernación que parece encerrar su paquete de hojas con los celos del que esconde un secreto, resurge en mí todo aquel mundo interior, que la primer lectura había ya suscitado.

"Poesía de interioridad" se podría llamar a la poesía de Luisa Luisi; casi toda ella contenida dentro

"Las palabras deformaron el alma y la enlodaron".

de los límites del espíritu, adoptó las imágenes y las palabras del mundo interior para hacer plásticos, visibles, ciertos estados de ánimo, y si en algunos casos pinta cuadros de la vida exterior, lo hace para buscar en las cosas el dolor, la alegría, la tristeza, que desde las cosas, se refleja en el alma, o que el alma proyecta sobre las cosas. Y si también se detiene a describir las condiciones físicas del cuerpo en las fases diversas de la enfermedad, de la inmovilidad, de la convalecencia y del pleno resurgimiento de la vida, es siempre el espíritu, que ella hace ver, a través de la materia:

"Me cortaron los brazos: ya no puedo tejer.

La tela de mi vida ha quedado inconclusa.

Me cortaron los brazos: no la puedo tejer."

La breve poesía titulada "Mutilación", que comienza con estos versos, es una de las más bellas composiciones de la inmovilidad, inmovilidad trágica llena de impotentes impulsos interiores, llena del deseo desesperado de movimiento.

"Oh Victoria! Victoria de Samotracia

Imagen de mi vida, toda inmovilidad;

En el mármol divino, hecho cárcel del suelo,

Ansia desesperada, enorme, de volar."

Sin embargo en esa inmovilidad forzada del cuerpo, en ese estar como:

"...piedra inmóvil junto al camino vivo"

en este permanecer fuera de la corriente de la vida, el espíritu ha encontrado la paz y la pureza, se ha encontrado a sí mismo, después de haberse angustiosamente buscado por tanto tiempo. Y cuando la posibilidad de la cura se presenta, la poetisa se pre-

gunta, añorando casi, en la nueva esperanza, el dolor pasado:

¿Seré como los otros, uno más en la vida?
¿Mutilarán mis sueños la realidad y el tiempo?
Vuelvo de un viaje largo, donde me hallé a
[mi misma
¿Y tendré que perderme otra vez en el mundo?

La búsqueda afanosa de la propia personalidad, el trabajo del alma que se busca a sí misma, constituyen el tema fundamental del volumen precedente: "Inquietud".

"Inquietud" precede a la otra colección en todos sentidos, y no sólo en el material. Sin éste, el otro volumen no sería tan bello, ni quizás concebible. "Poemas de la Inmovilidad" es ciertamente superior por la forma. También es más sobrio y maduro. En general las composiciones son más breves, más concisas y también más densas.

Pero esta densidad no pudiera comprenderse sin haber gustado antes la poesía colmada, exuberante de "Inquietud", sin antes haber seguido a la poetisa en el afanoso trabajo espiritual que constituye la substancia de este primer volumen. Si no temiese exagerar yo diría que en "Poemas de la Inmovilidad" encuentro más arte y que en "Inquietud" hay más poesía; pero quizás me equivoque. Diré, por tanto, solo que el primero de los dos volúmenes, en el orden del tiempo me es el más querido, el que más me conmueve.

No comprendo como esta colección de versos profundamente sentidos, se ha podido encontrar demasiado filosófica, demasiado teórica, demasiado razonada. ¿Cuándo la profundidad del pensamiento, ha estado en oposición con la verdadera poesía? La poesía es fantasía, la poesía es sentimiento: de acuerdo. ¿Pero, cómo encontrar los límites? O mejor dicho: ¿existen esos límites? Toda concepción de la vida es filosofía y toda poesía es una concepción de la vida, sentida líricamente. Existen ideas e intuiciones geniales, que pertenecen por su naturaleza al mundo del pensamiento, y que sin embargo hacen gozar y sufrir intensamente, como un beso de amor, o como la muerte de una persona querida. Leopardi es un ejemplo. Y no hay poesía más alta que ésta, que atañe al fondo de las cosas y expresa el esfuerzo eterno del espíritu humano, que busca siempre y jamás se halla satisfecho. Si no fuese que la palabra suena muy mal, se le podría llamar "poesía filosófica" porque es poesía de ideas. Estas ideas no son un producto de la razón fría, sino que son intuitivas, inmediatas y, casi diría, evidentes, como si fuesen sensaciones, y como tal pueden ser materia de poesía. El razonamiento viene después a confirmar lo que se ha intuido. A veces, también los grandes sis-

temas filosóficos, visiones nuevas y generales del mundo, nacen así, como intuiciones poéticas. Volvamos a nosotros. Hemos dicho que el motivo principal que constituye el substratum de todo el volumen, es la búsqueda del propio yo, de la verdadera personalidad que se esconde en lo más profundo de nosotros mismos, sofocado por los elementos que no son "nuestros", es decir, la costumbre, los elementos ancestrales, todo aquello que proviene de la vulgaridad de la vida. La poetisa siente que su verdadero "yo", su personalidad pura e ideal, que es en el fondo, la única verdaderamente suya, es como una perla iridescente, escondida y sofocada por todo el intrincado follaje de los elementos extraños.

La búsqueda afanosa, la penosa conquista de esta perla escondida, constituye el argumento de todo el libro.

Pero esta búsqueda es difícil. También Miguel Angel suponía que la obra de arte que tenía en la mente, existía ya, contenida en el block informe de mármol bruto, y que su labor consistía simplemente en libertarla de la materia sobreabundante e inútil que la sofocaba. Pero el trabajo del esculpeo libertador era también fatigoso; y quizás así, terriblemente cansada y dificultosa, es la búsqueda en nosotros mismos de la perla maravillosa, ya que para encontrarla debemos despejar el camino de todas las escorias, de todos los obstáculos inútiles, de todo aquello que viene desde afuera o del pasado. Es una búsqueda que podría llamarse conquista, o mejor todavía, creación, como es creación la inspirada tarea del artista, que busca dentro del mármol, a la obra de arte.

Encontramos lo que buscábamos, cuando lo creamos, cuando realizamos en nosotros nuestro ideal.

La inquietud que da título al libro y que constituye el tema de la primer poesía, está justamente inspirada por ese buscar y no hallar, por la visión de la casi imposibilidad de realizar esa aspiración. Nuestro espíritu es un abismo espantoso, lleno de peligros monstruosos, lleno de un misterio enorme, frente al cual nuestra ansia investigadora intimidada (véase la poesía "Miedo") siente vértigo. El tremendo punto interrogativo de la meta, hacia la que está dirigida toda nuestra vida, el misterio de las fuerzas oscuras que nos impulsan sin que podamos hacer nada para detenerlas o para dirigir las en sentido contrario, los instintos que provienen del pasado ancestral, son otros tantos obstáculos puestos sobre nuestro camino.

Aquel yo ideal que llevamos en nosotros está sofocado por la vulgaridad de la vida cotidiana, por las mezquinas pasiones mundanas, y por tantas cosas pequeñas, indignas de la grandeza que llevamos dentro. La poetisa siente en sí misma agitarse su

personalidad, alta y sublime, agonizante bajo el peso de las pequeñas y banales preocupaciones cotidianas. De este tormento ha surgido, la que para mí es la más bella poesía del libro, titulada "Asesina", donde la poetisa se figura a sí misma en el acto de sofocar con sus propias manos el grande e inquietante huésped de su alma, que turba con sus impulsos la tranquila mezquindad de la vida. Pero aún cuando la alada prisionera haya terminado de debatirse y esté muerta, el alma no podrá encontrar paz.

"La calma no será para mí pobre
Conciencia dolorida,
Que siempre y a pesar de mis esfuerzos,
He de llevar clavado dentro el alma
El cadáver de un águila abatida."

¡Bello los versos y aunque tan pesimista, magnífica la concepción!

Esta gris y desesperada visión de la vida no dura mucho tiempo. La búsqueda empieza de nuevo, con más ánimo, con más fuerza. Y se levanta el grito de entusiasmo, y de esperanza, dirigido a la verdadera alma, que es lo que tenemos de más puro y que no podemos alcanzar a conocer, ni a aferrar.

"Yo sé que estás: yo sé que estás en mí!..."

El espíritu de la poetisa, que se expresa en su poesía, vive casi exclusivamente una vida interior. Los esfuerzos que tienta para salir de sí mismo, para buscar fuera de su inmenso y espantoso mundo interno, algunos de los valores que dan sabor a la vida, son siempre vanos: vana la aspiración tendida hacia la fe, en un dios personal y trascendente, vano el impulso hacia el amor! ¿Existe un Dios? La razón duda, pero todo el ser, quisiera creer.

Cuando en la tarde lluviosa pasa la procesión solemne, en la cual se levantan místicos cantos, el alma está poseída por el encantamiento, y en comunión con todos los humildes que creen, por un momento cree.

Pero delante de los ojos de la poetisa pasa tambaleante, llevada a brazo, la tosca imagen de la Virgen. Delante de la muñeca malhecha y sin expresión, delante del ídolo, el sueño cae de improviso y queda la realidad, una realidad triste y mezquina.

"Yo lloro de abandono, de soledad, de pena
Lloro todas mis lágrimas, hasta que más serena

siento un amor doliente que me nace en el pecho!"

.....

"Un amor descreído, tímido, dolorido
Por mi alma y el alma de todo el que es mi
[hermano
Arrojado del cielo a un Ideal humano."

(La Procesión)

Pero aquello que el espíritu de la artista ha pedido en vano al místico cielo de los creyentes, cuando está sola, consigo misma, y se aísla, rompiendo los contactos sensoriales con el mundo exterior, lo vuelve a encontrar, en lo más profundo de sí misma. Aquel Dios que se le había mostrado como una cosa lejana, muerta, desde los altares de la iglesia, la llama ahora, desde los sagrarios íntimos del alma, con la voz potente que oyó Moisés, sobre el Sinaí y le revela la tan buscada verdad:

"Dios eres tú... Tú misma no lo sabes.
Mira dentro de tí. Búscame en tí"

(Dios).

El principio divino que la poetisa siente en sí misma, viene así a identificarse con la "perla iridescente" sepultada en el alma, con la alada ideal prisionera cantada en "Asesina". Dios es en nosotros el principio inhallable, que se confunde con el ideal inalcanzable.

"Estás tan hondo, estás tan hondo
Que a veces pienso que no estás.
De la tortura de buscarte siempre
¿alguna vez te aplaudirás?"

El amor le ofrece la ocasión de otra tentativa para salir del círculo del yo y para establecer lazos duraderos entre el alma individual y aquello que está fuera de ella. Otra ilusión, que le depara otra desilusión. En los versos de la Luisa, el amor adquiere un aspecto totalmente particular. También aquí el espíritu domina incontestado dejando en la sombra a la materia. Es un amor que tiene algo del afecto materno, algo de la amistad inteligente y comprensiva. Tiene toda la fuerza de una idealización apasionada, pero no tiene la violencia de los sentidos en agitación. En su período más bello, cuando la desilusión no ha sobrevenido todavía, es un sentimiento fresco, reposado. Es la ofrenda que la artista hace de sí misma, a quien la ama, sin pedirle en cambio, casi nada.

"Mis ideas son claras, transparentes
Llenas de claridad consoladora.
Llevo en mí la corriente cristalina

Donde apagar la sed de tu congoja;
Bebe su linfa clara,
En mi sereno espíritu reposa!...

(Ofrenda)

Ella tendrá para el elegido toda la ternura de una madre, de una hermana:

"Una madre... una hermana.. Tú no sabes
¡qué calma

Viene de ser amado sin interés alguno!

Yo he de llegar callada, de puntillas, a tu alma,
A suavizar tus hoscos pesares uno a uno!"

¿Ningún interés? Sí; el interés de tener algo que adorar fuera de sí, de poder exteriorizarse, de poder encarnar el ideal en alguna cosa exterior, que tenga consistencia material. La materia se venga, y la desilusión llega. Aquél que fué objeto de adoración, despojado de la luz ideal que escondía el aspecto humano y hacía parecer grande su pequeñez, se vuelve de nuevo extraño y su imagen se deja caer como un objeto inútil. Y este olvido, esta mutilación del alma sin sollozos, sin esfuerzos desesperados, con la ineluctabilidad de las cosas fatales, tiene algo de más trágico que cualquiera angustia violenta. Es otra luz que se extingue afuera. La conclusión es siempre la misma; después de toda desilusión, un retorno a la intimidad del yo. Pero aquí este retorno no representa un consuelo; es mejor una constatación amarga de la imposibilidad en que nos hallamos de romper el círculo que se cierra:

"Todo el amor está en nosotros mismos"

El amor, la divinidad, el mundo entero, sólo tienen existencia real en nosotros mismos.

"... El mundo

Es el reflejo que proyecta fuera

Tu conciencia...."

El individuo, el propio individuo, he aquí el ámbito donde el espíritu se mueve, sin poder salir. Hay otras almas fuera de nosotros, en derredor nuestro. ¿Pero cómo superar el obstáculo que nos separa de ellas?

Si nos sentimos un momento comulgando con los otros en la ilusión de una fe común, bien pronto la ilusión cae y la soledad nos conquista de nuevo. Si nos agarramos al amor como al único medio de establecer lazos entre nosotros y los demás, llega el momento en que nos apercebimos que aquello que habíamos amado, era un ideal nuestro, un pro-

ducto de nuestro espíritu, y que la forma exterior que le habíamos atribuido, no tiene nada que ver con él. Y hasta el único medio que poseemos para comunicarnos con los demás, y participarles nuestras ideas y sentimientos, nos traiciona y representa un obstáculo más.

La poesía que la Luisa dedica a la palabra, en el volumen "Poemas de la Inmovilidad" es una de las más originales, aunque quizás la obscuridad de la imagen que constituye su idea central, le impida hacerse popular. La breve composición es todo un himno al silencio. Y a través del silencio la poetisa sueña que pueda llegarle el mensaje fecundo de otros espíritus, que como ella se sentían enlodados por la vulgaridad y la materialidad a menudo inexpressiva de la palabra.

Sin embargo, esta constatación de impotencia, este individualismo forzado y resignado no le impiden sentir el dolor de los otros, sentir por ellos piedad y amor, buscar identificarse con ellos.

"Hermana, toda mi alma se ensancha, se ilumina
Para acoger la pena y el dolor de los otros"

dice la poetisa en la última composición del volumen, dirigiéndose a Gabriela Mistral; y más adelante:

"Mas no me pertenezco: soy de todas las cosas:
La vida ha roto el cerco que me individualiza".

Es una ansia de darse, un deseo generoso de ofrecerse toda, al sufrimiento de los otros.

Y es quizás este ofrecimiento verdaderamente desinteresado el que consigue poner en comunicación el alma solitaria, con las otras almas que viven y sufren sobre la tierra y que no se comprenden.

La personalidad que esta poesía traduce, es una personalidad indudablemente muy amplia y lo que resulta más significativo aún, profundamente consciente de sí misma. Parecería que la sensibilidad delicada de la artista, sintiese estremecer dentro de ella, toda la espantosa e intrincada selva de que habla en "Miedo", y sintiese, materialmente casi, surgir en lo más íntimo del alma la linfa fecunda que viene del pasado. El sentido del pasado, el sentido del ligamen con todo aquello que está muerto, pero que le ha transmitido la vida, es intenso en Luisa Luisi y pone en su arte una nota particular.

"Yo soy un árbol de una estirpe extraña
A la tierra sujeto fuertemente
Por las hondas raíces de mis muertos."

De todas las generaciones que culminan en ella, siente llegar la corriente que a través de ella, deberá surgir siempre más alto.

"Para dar flor suprema de Idealismo
En una verdadera Humanidad".

Habría tanto que decir, habría tanto que citar todavía, ya que no he hablado ni de la parte que en "Inquietud" se refiere a la concepción que

la autora tiene del arte, ni de la pintura fugaz aunque viva de la vida en el Sanatorio, ni de tantas y tantas otras poesías, que no se pueden agrupar ni clasificar por argumento, pero que merecerían ser leídas.

Pero aquel miedo que sentí al comienzo vuelve a apoderarse de mí. ¿No habré hablado demasiado? ¿Las muchas palabras, no serán una vez más, obstáculo para la verdadera comprensión?

L U C E F A B B R I

